

MANIFIESTO DEL III ROSARIO UNIVERSAL

Otro primer sábado de mes que nos encontramos unidos en oración desde todo el mundo. Cinco continentes, veinticuatro naciones y noventa y seis rosarios en los rincones más variados del planeta. Todos unidos en Cristo por María. Es absolutamente maravilloso todo lo que se ha estado gestando estos meses.

El pasado mes de marzo vivimos la Semana Santa: la Pasión, la Muerte y la Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo. Cristo pasó de ser alabado el Domingo de Ramos a ser asesinado durante el Viernes Santo. Sin embargo, el Rey de Reyes resucitó al tercer día de entre los muertos. Su vida terrenal se la arrebataron, pero no pudieron borrar su mensaje que llega hasta nuestros días.

Lamentablemente, tal y como explicó Benedicto XVI, vivimos en un largo Sábado Santo. “¿No comienza nuestro siglo a ser un gran Sábado Santo, día de la ausencia de Dios, en el que hasta los discípulos tienen un vacío helador en el corazón? Ser católico en estos momentos históricos no es nada fácil. En la mayor parte de las ocasiones eres marginado o sometido a toda clase de escarnios. Todo esto Cristo nos lo avisó: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque quien quiera conservar su vida la debe perder; pero quien la pierda por mi nombre y por el Evangelio, la conservará”.

Jesucristo es el Camino, la Verdad y la Vida. Solo con Él encontraremos la verdadera felicidad y el sentido a esta vida terrena. Por ello, en un mundo que tiene olvidado a Dios o relegado al más oscuro de los rincones, es más necesario que nunca hacer profesión pública de nuestra Fe. Seamos doscientos, cincuenta o una sola persona. Únicamente en el catolicismo encontraremos la Salvación. Es el momento de abandonar todas las ideologías y acercar nuestros corazones a la Santísima Virgen y a su Bendito Hijo. Si esto se consiguiera, el cambio vendría solo.

Frente a este prolongado Sábado Santo que ha desterrado a Dios, hay otra alternativa: la que apuesta por el Bien, la Verdad y la Belleza. La que sabe que su última patria se encuentra en el Cielo. La que no se cree las promesas de dioses de barro. La que conoce, en definitiva, la fragilidad humana y sabe que nuestra senda debe terminar en Cristo. Sigamos unidos en defensa de nuestra Fe y recemos para que más lugares se unan al Rosario Universal.